

INFORMACION ACADEMICA

A LA MEMORIA DE DANIEL GURRIA URGELL

Hace 35 años ingresó a la Academia Nacional de Medicina, el muy distinguido otorrinolaringólogo y profesor de clínica de laringología en la Facultad de Medicina, el doctor Daniel Gurría Urgell. La reciente creación de la sección de otorrinolaringología en nuestra Corporación hizo posible su admisión, avalada por los académicos Ignacio Chávez, Gustavo Baz, Tomás Perrín, Alfonso Pruneda, Manuel Martínez Báez, Ricardo Tapia Fernández y Darío Fernández; los proponentes de su candidatura hacían ver que se trataba de un auténtico valor en el campo de la otorrinolaringología, autor de contribuciones importantes en dicha especialidad.

La actividad académica del doctor Gurría Urgell no fue prolífica en comunicaciones o trabajos publicados en la *Gaceta*. Sin embargo, sus contribuciones en otros

niveles durante los primeros cuatro años fueron suficientes para que en 1940 fuese elegido Vicepresidente para el bienio 1940-1942 y Presidente en 1943.

Gurría Urgell vivió en varias épocas de México. Nació en Pichucalco, se educó en Villahermosa, donde completó el bachillerato y se graduó en la Facultad de Medicina en 1909 con un tema de anatomía patológica: *Las alteraciones cardiacas en la tuberculosis pulmonar*. Cuando estudiante fungió como practicante en el consultorio central de la Beneficencia Pública y en el Hospital Concepción Béistegui. Su formación y educación corresponden a los conceptos tradicionales de la clase media ilustrada durante el porfiriato.

El periodo de la Revolución lo encuentra como ayudante del profesor de anatomo-

mía descriptiva y se hace cargo del servicio de laringología en el Hospital Militar a la entrada del Ejército Constitucionalista a la ciudad capital.

En el primer decenio de su ejercicio profesional, su preparación en anatomía y las oportunidades de cirugía le dan la posibilidad para dominar la especialidad de otorrinolaringología y llega a ser médico encargado del departamento en la Beneficencia Pública y en el Hospital de los Ferrocarriles Nacionales.

Las contribuciones en el campo se inician en los años veinte. Algunos de los títulos son: *Larvas en la nariz; Anestesia en un absceso periamigdalino; En defensa del cornete inferior; Amigdalectomía y hemostasis; Sordera e idioma; El sordo y el aurista; Las muletas del oído; Vegetaciones adenoides*, y un libro: *Sinopsis laringológica*.

Su espíritu inquieto desborda la especialidad y escribe ensayos sobre *Los médicos mexicanos y los invasores de la medicina y ¿Hay reciprocidad en las universidades extranjeras para nosotros?*

La renovación y reorganización de la medicina mexicana en el decenio de los 40, le encuentra en plenitud de facultades. Es médico fundador del Hospital Infantil de México y del Instituto Nacional de Cardiología y participa en su organización y progreso.

Una contribución muy importante de Gurría Urgell en la Academia y en la medicina de México fue la de comprender y facilitar la operación de los cambios que reestructuraron a la medicina moderna. Siendo especialista, con formación autodidacta y estudios profesionales durante una época poco propicia al cambio, supo reconocer la necesidad de la actualización o educación continuada y sobre todo,

identificar la corriente transformadora de nuestra medicina. En la Academia, se requieren otras medidas para ubicar la actividad de un Presidente. En una corporación centenaria, las unidades de tiempo son de un valor diferente al común; el Presidente, *primum inter pares* durante un año, dispone del poder suficiente para encaminar la marcha académica por senderos nuevos, diferentes con amplia libertad en la iniciativa.

Los presidentes de la Academia forman un grupo distinguido, en el que sobre las diferencias de personalidad e ideología, ha privado como absoluto común denominador, el sentimiento de ser depositarios del principio de un ideal noble de estudio y servicio, venturosamente preservado incólume y que actualmente se ve adornado con la tradición de más de un siglo.

Durante la vida de nuestra Corporación, han ocurrido crisis de muy diversa índole. Por los historiadores de la Academia y por los relatos de nuestros mayores, nos enteramos que hubo épocas de pobreza, que llegó en una ocasión a la carencia de techo; en otros tiempos hubo indiferencia intra y extramuros y por si fuera poco, en varias ocasiones el clima de tranquilidad sociopolítica de la ciudad se vio seriamente perturbado. Nos complace recordar que las actividades académicas nunca se interrumpieron, que la tenacidad ha tenido un baluarte constante en nuestra casa y que la vigencia de los ideales iniciales sigue operante a través de 108 años de vida. Sin embargo, poco hablamos o no les damos su valor a las épocas de cambio (conceptual, tecnológico o social) en la medicina de México y del mundo. El decenio de los 40 es fundamental en México; fue fortuna grande

para la Corporación contar con presidentes, que en lugar de la postura cómoda del conformismo y la continuidad tranquila que no tiene problemas, supieron remozar estructuras materiales e intelectuales para adecuarlas a los nuevos tiempos y todo ello dentro de la austeridad y categoría académicas. No fue tarea fácil. Entre ese grupo de presidentes figura Daniel Gurría Urgell.

Me resulta casi imposible decir algo pertinente sobre Gurría el otorrinolaringólogo; si lo hago es porque sigo siendo testigo del legado ideológico espiritual del maestro. Entre los especialistas, en particular del Hospital Infantil de México, son monedas de gran circulación sus aforismos. Uno sobre la amigdalectomía se menciona así: "La amigdalectomía es una dama muy honorable; quienes la califican de fácil o peligrosa, no la conocen bien." Llama la atención el interés casi de coleccionista con que se guarda y consulta un folleto de Gurría Urgell titula-

do: "Cuándo y cómo hacemos la amigdalectomía." Su lectura proporciona datos valiosos acerca de la personalidad del ex Presidente de la Academia; la propiedad y elegancia en el lenguaje escrito parecen cosa natural en su pluma; combina coordinadamente lo mejor del lenguaje universal con su propia prosa. Así, cuando recomienda una iluminación adecuada en el campo operatorio cita las últimas palabras de Goethe: "luz, más luz", cuando encarece la ligadura del pedículo, apunta: "la hemostasis espontánea es un esfuerzo de la naturaleza, la hemostasis quirúrgica es un laurel humano". En el postoperatorio cita oportunamente a los antiguos clínicos franceses: "el enfermo coma a su hambre y beba a su sed".

El colofón de su exposición deja ver al médico consciente de su profesión: "...mis palabras pueden ser útiles a la vida humana y a la reputación del médico y lo que es más, a la tranquilidad de su conciencia". *Si vis pacem para bellum*.

JESÚS KUMATE

A LA MEMORIA DE MI MAESTRO, ALEJANDRO CELIS

Se iniciaba el año de 1946, hace de esto 26 años, cuando me acerqué al doctor Alejandro Celis con la idea de orientar mi actividad profesional a la neumología y a la cirugía endotorácica que en aquella época nacía en nuestro medio. Escogí a Alejandro Celis como maestro y guía porque vi en él a un médico maduro con gran espíritu de trabajo y que era el motor de la cirugía que yo deseaba aprender.

Indudablemente Alejandro Celis fue un gran hombre, un espíritu objetivo, que necesitaba comprobación evidente de los fenómenos para deducir sus conclusiones. Fue un clínico moderno y como tal desechó todos aquellos signos y maniobras, producto de antiguas escuelas, que más confundían que ayudaban en la elaboración del diagnóstico. Llegó a conocer la radiología del tórax como el me-

por; era este método de exploración particularmente atractivo para él, pues su objetividad le permitía comprobar lo que enseñaba la clínica o descubrir patología silenciosa.

Se inició en la cirugía de la pared del tórax, llegó a dominar la toracoplastia y fue creador de una técnica quirúrgica para realizar el neumotórax extrapleuraleal. Fue él quien estimuló al doctor Julián González Méndez para convertir el pabellón, en aquella época de Cirugía General, en el primer servicio de Cirugía Endotorácica de México. Era extraordinario ver el esfuerzo y tesón de Alejandro Celis para hacer progresar esta nueva cirugía.

Incurrió después en el terreno de la traumatología del tórax y ahí también hizo escuela y estableció principios de diagnóstico y de tratamiento.

Al mismo tiempo laboraba en la enseñanza y en la investigación; en la enseñanza fue un médico de hospital que dedicaba la mayor parte del día al trabajo y a los enfermos, fue un maestro completo. Como profesor de pregraduados continuamente procuraba entregar al alumno la síntesis de los conocimientos; como profesor de graduados practicó la enseñanza directa al discípulo. Los que aprendimos de él permaneciendo durante largas horas a su lado en el hospital, pudimos constatar su esfuerzo continuo y su espíritu de estudio inquebrantable. Fue enemigo del aislamiento, convivió con todos los médicos en todos los servicios; diariamente recorríamos los pabellones del Hospital General para intercambiar conocimientos con los médicos y de esa manera integrar cada vez más el conocimiento de la neumología; nunca creyó en la especialidad aislada, siempre la consideró como parte de toda la medicina y situó

al órgano perfectamente bien dentro de los aparatos o los sistemas.

Como investigador fue extraordinario, perseguía la demostración objetiva; sus actividades las llevó a cabo tanto en la investigación clínica humana, como en la experimentación animal. La exploración de las cavidades cardíacas y de los vasos pulmonares recibió una ayuda considerable con sus estudios cardioangiogramas; sus investigaciones sobre linfografía del corazón así como su contribución sobre la patogenia de la embolia pulmonar, constituyen bibliografía obligada para quienes desean saber de estos temas; murió sin que en nada se viera menguada su capacidad de investigador, parece que el saberse mortalmente herido, acrecentó su espíritu inquisitivo y pocos días antes de irse, todavía recopilaba bibliografía y estimulaba a quienes con él investigaban.

Su espíritu académico fue manifiesto, sentía un gran respeto por las agrupaciones científicas y estaba siempre pronto a la crítica constructiva para mejorar las sociedades médicas. En la Academia presentó comunicaciones de alta calidad científica y colaboró en la *Gaceta* con lo mejor de sus investigaciones.

Mucho más podría yo decir de mi querido maestro ahora desaparecido; fue un hombre bueno aunque daba el aspecto de una rudeza que no tenía, fue tímido pero ostentaba el orgullo y la vanidad de quien se sabe valioso, su inteligencia buscaba continuamente las ideas concretas, su voluntad era capaz de vencer los más grandes obstáculos, tuvo un vigor físico extraordinario, podía trabajar durante largas horas durante mucho tiempo casi sin experimentar fatiga. Los que durante muchos años vivimos a su lado, pudimos

darnos cuenta de que sus cualidades eran las de un verdadero guía.

Naturalmente la mayor parte de sus empresas fueron de éxito, sin embargo, también tuvo fracasos y fue capaz de demostrarnos que aun en la adversidad tenía espíritu recio, que era capaz de hacer lo que debía sin esperar necesariamente el triunfo, sino quedando satisfecho con el cumplimiento del deber.

No quería morir, puso cuanto estaba de su parte para curarse con una enorme

ansia de vivir; a sus discípulos nos dio la oportunidad de ayudarlo durante su enfermedad para poder restituir aunque en mínima parte, la gran cantidad de beneficios que como invaluable don, de él habíamos recibido.

Murió en la cúspide del prestigio y de la producción científica; lo único que podemos ya decir es que dejó en el medio médico mexicano un hueco tan grande que por el momento no se percibe quién puede llegar a ocuparlo.

CARLOS R. PACHECO

A LA MEMORIA DE RAFAEL RODRIGUEZ

Rafael Rodríguez y Rodríguez cursó sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Medicina de 1938 a 1943. Se sabe de él que ya durante esta etapa de su vida había venido manifestando una inquietud muy fuera de lo común por los fenómenos biológicos, y una pasión por la medicina interna, que habrían de revelarse con toda plenitud cuando poco más tarde, tuvo la oportunidad de desempeñarse como médico residente del Hospital General de México y después como interno fundador del Hospital de Enfermedades de la Nutrición. Seguramente fue entonces que su talento innato encontró el indispensable complemento en la estricta disciplina que en el pensar y en el actuar allí se ejercía. Para 1946, había adquirido ya madurez suficiente para poder ser admitido como asistente en medicina en la Clínica Joslin, de Boston y más tarde, como asistente de medicina

experimental en Montreal. El año de 1948 lo encuentra en el Hospital General de Massachussets, asistiendo a la clínica endocrina a cargo del inolvidable Albright. Su trayectoria vital hace creer que fue ahí donde se forjó en definitiva el espíritu académico de Rafael Rodríguez.

La disciplina que ya había adquirido se desarrolló cabalmente bajo el influjo del rigor técnico y de los inmensos horizontes de su maestro. Con él aprendió a imaginar con sistema, a pensar con orden, a crear con base firme. Además, su natural sentido de humor, cáustico, satírico a veces, fue propio para entender el ingenio que tan característico fue siempre, aun en los momentos más difíciles de su vida activa, del gran parkinsoniano. Nació de este contacto la afición de Rodríguez por las representaciones esquemáticas de los fenómenos biológicos, que cuando regresó a su patria para ser el

mismo consagrado como maestro, de tan claras y precisas, motivaron a más de un incipiente aprendiz de la endocrinología a seguir en definitiva el camino de esta disciplina. Eran los gloriosos tiempos idos de los diagramas "a la san Sebastián", por las muchas flechas que requerían, que en los términos vernáculos con que el "Chino" solía explicarlos, cobraban aún mayor claridad y adquirían el significado y las dimensiones que hacían imposible olvidar, que lo que ahí se decía, correspondía a algo que estaba aconteciendo en un ser humano. El tono de aparente informalidad que prevalecía en sus actividades docentes, tuvo siempre la virtud de enriquecerlas y de acrecentar su eficiencia didáctica.

El amor por la enseñanza fue sin duda característica clave de la vida profesional de Rodríguez. Fue profesor ordinario de Endocrinología, a nivel de pre y de postgrado, durante muchos años. Funcionó como subsecretario de la Facultad de Medicina durante varios más. Desde tales puestos, no únicamente impartió la docencia, sino que con su innato sentido de solidaridad, ayudó en su carrera a quienes le solicitaron apoyo, y así fue también cuando años más tarde, desempeñó el cargo de director médico de una importante compañía farmacéutica.

El entonces muy joven Hospital de Enfermedades de la Nutrición se benefició enormemente con los talentos de Rafael Rodríguez. De jefe de servicio y posteriormente de la consulta externa de esta institución, pasó posteriormente a fungir

como encargado de la clínica de diabetes. Buena parte de los avances que en materia de este padecimiento registra la medicina mexicana se deben a él. Su labor de divulgación se vio coronada en 1963, al aparecer el pequeño tratado intitulado "El manejo del enfermo diabético", que en la actualidad todavía sigue siendo fuente de orientación para médicos y para enfermos.

Fue Rafael Rodríguez de los que contribuyen a dar calor humano a la ciencia, que tan a menudo otros se empeñan en hacer aparecer como fría y despersonalizada. Emanó de él siempre un espíritu de fraternidad, que iba mucho más allá del amigable "manito" con que abordaba a sus interlocutores. Casi nunca dejó de exhibir este tono caluroso, ni lo abandonó tampoco esa imagen de bonhomía que fue siempre sello peculiar de su personalidad.

Con Rafael Rodríguez se ha ido, prematuramente como todos ellos, el quinto de los académicos, que endocrinólogos jóvenes entonces, forjaron durante los años cuarenta y cincuenta, la espléndida imagen que hoy son capaces de ostentar las disciplinas metabólicas en México. Escaso respeto mostraríamos a la memoria de quien, por ser poco afecto a lo formal y a las convenciones, fue siempre capaz de reír del *pathos* ajeno, si aquí lo despediésemos con frases hechas. Sencillamente, conservemos el recuerdo grato del espíritu selecto que habitó en el gran amigo, excelente médico, digno académico, Rafael Rodríguez.

SILVESTRE FRENK